

Nicanor, antipoeta

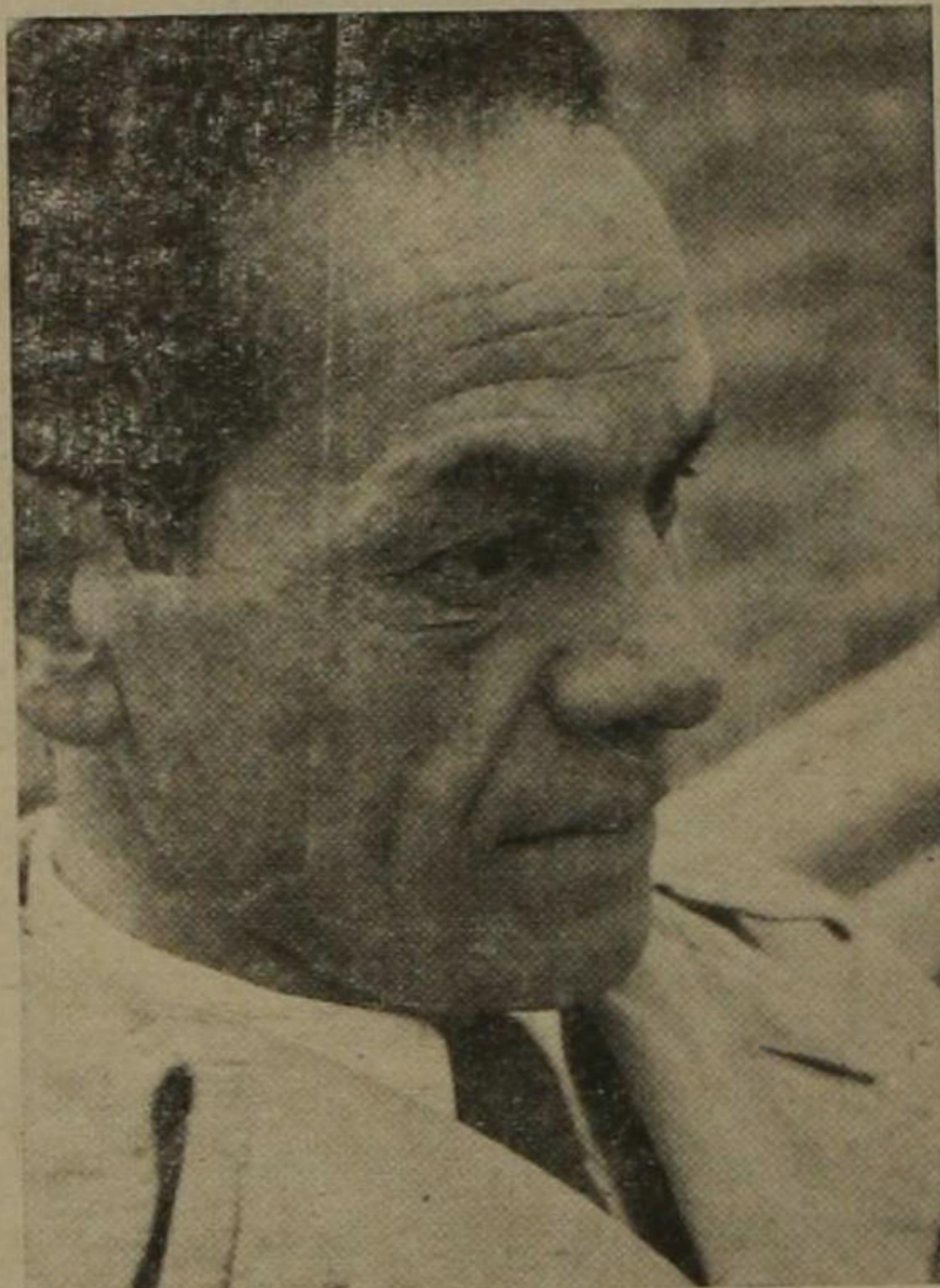
Por Hugo LINDO
(En Rep. Americano)

En *Altazor*, el incontenible venero de Vicente Huidobro hace que él, gran revolucionario de los recursos poéticos de su instante, se declare «antipoeta y mago». El término vendría a ser utilizado algunos años después, por otro creador (no creacionista, como Huidobro) a quien la historia literaria de Chile recogerá con honores. Su nombre, Nicanor Parra. Su libro, *Poemas y antipoemas*, que obtuviera primer premio en un certamen poético nacional patrocinado por el Sindicato de Escritores de Chile, y que fuera editado por Nascimento en 1954. Fuera de esta obra, anda buena cantidad de versos desperdigada en revistas de letras.

Nuestra intención no es hacer ahora una reseña bibliográfica, que ya resultaría trasnochada, sino la de entendernos con una labor y una técnica. En otros términos: queremos bucear en una obra, no en un libro. Mas no podemos enfrentarnos a la singular producción de este hombre, antes de conocerlo, porque hay en su estructura personal un cúmulo de contradicciones que en él se coordinan de muy sorpresiva y sorprendente manera. Lo cual hace de su poesía algo muy difícil de categorizar por simples medios literarios, e invita a recurrir a los psicológicos que resultan, en este caso, indispensables.

Eramos ya amigos, aunque no nos frecuentáramos mucho. Habíamos realizado juntos un viaje a Chillán, con motivo de unos cursos de invierno. Mas ha sido la presencia temporal de Fernando Alegría la que, otorgándonos muy favorables y frecuentes oportunidades de conversación, me ha permitido adentrarme un tanto —al menos, así lo creo— en el complejo, agradable e imprevisible personaje que se llama Nicanor Parra, poeta y antipoeta.

Hago de inmediato la presentación: su cabeza, como para tentación del escultor, totalmente «construida», con planos de indiscutible consistencia plástica, alberga, nadie sabe cómo, una aterradora cantidad de símbolos de altas matemáticas, aprendidos inicialmente en el Instituto Pedagógico de Chile, y ampliados, enriquecidos y remachados, en universidades británicas. Todo lo cual hace de Nicanor, un catedrático de Mecánica Racional en actual ejercicio pedagógico . . .



Nicanor Parra
(Foto de Hugo Lindo).

Al lado de este tipo de conocimientos, o de esta dimensión intelectual, coexisten otros tres importantes factores en la misma caja craneana: un noble deseo de justicia social, derivado hacia las posiciones filosóficas del materialismo histórico; una viril modestia de fondo y de expresión, y una fina socarronería, que algo tiene de criollo y no poco de inglés. Total: un «gentleman» semi-comunita; un matemático de veleidades líricas; un humorista respetuoso . . . Y si el lector quiere agregar a este balance unas dos o tres antítesis más, de su cuenta lo dejo, que, a mi ver, bien caben en la personalidad de Nicanor Parra.

Señaladas ya estas características, advertimos fácilmente que de ellas surge como fruto natural, una quinta: la cortesía, producto de inteligencia, de convivencia y de continencia. Y tales son las notas de su poesía.

*Ya que la vida del hombre no es sino una acción a distancia,
un poco de espuma que brilla en el interior de un vaso;
ya que los árboles no son sino muebles que se agitan:
no son sino sillas y mesas en movimiento perpétuo;
ya que nosotros mismos no somos más que seres
(como el dios mismo no es otra cosa que dios)
ya que no hablamos para ser escuchados
sino para que los demás hablen
y el eco es anterior a las voces que lo producen . . .»*

(De Palabras a Tomás Lago)

Por de pronto, el matemático se le asoma a cada instante. Y no sólo por el rigor rítmico, ya dentro de la forma endecasílabo o en verso de mayor libertad, sino por otra cosa más importante: por la manera de sacar conclusiones, de trazar imágenes, de articular elementos dentro de una sola ecuación que revela, antes que otra cosa, agudeza mental. Es un poeta intelectual. El lo sabe y no lo niega. Los valores afectivos no son frecuentes en su poesía, y, cuando se dan, otórgase con evidente y voluntaria limitación. El autor pone cerco a la vehemencia y le señala sus límites. Casi diría que se avergüenza de sus debilidades sentimentales, y entonces da el brillante salto, un poco a lo «tony», hacia la burla melancólica o la postura chaplinesca:

*Una vez andando
por un parque inglés
con un angelorum
sin querer me hallé.*

*Buenos días, dijo.
Yo le contesté,
él en castellano,
pero yo en francés.*

*Dites moi, don angel,
comment va monsieur.
El me dió la mano,
yo le tomé el pie:
Hay que ver, señores
cómo un ángel es!*

La tesitura matemática deliberada, es más otensible en algunos de sus antipoemas, como en el *Solo para piano*, en donde el planteamiento remeda uno de esos largos sorites de que se sirve el álgebra: si tal cosa es así y tal otra de tal modo, síguese que . . . Aquí están los versos iniciales del citado antipoema: